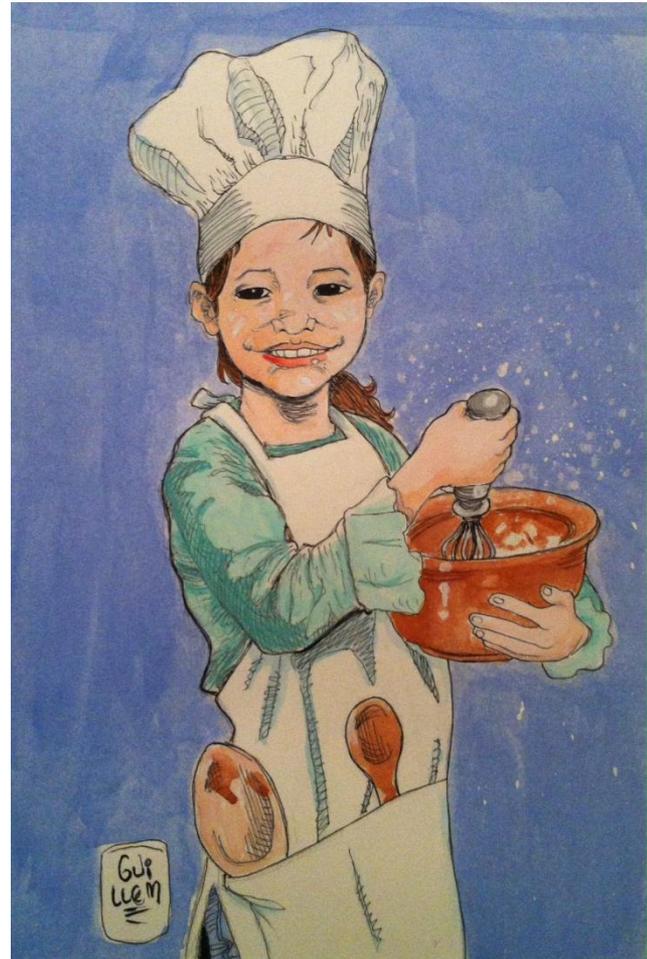


Las galletas de Lisa

Texto: Mireia Vidal

Ilustraciones: Guillem Escriche



Cuando aquella mañana sonó el despertador, Lisa pegó un bote que por poco no se golpea con la estantería que tenía sobre el cabezal. Hacía 365 días que esperaba ese momento y de un salto se levantó, se vistió con el jersey azul que la tía Rosa le había bordado, y bajó corriendo al comedor.

– ¡Por muchos años! -Gritaron a la vez el padre, la madre y Ceci, su hermana mayor. Y sobre la mesa vio uno de esos desayunos especiales que mamá preparaba cada aniversario.

– ¿Qué, pequeña, como te sientes ahora que ya tienes 10? – Preguntó Ceci dándole en la cabeza. Pero antes de que Lisa pudiera responder nada, mamá se le tiró encima con los brazos abiertos.

– Deja que haga un abrazo a mi niña grande– dijo besándola.

– Basta de estrujarla que seguro que tiene hambre. ¿Quién quiere un buen trozo de pastel? – añadió papá que no podía empezar a probar todo aquel bien de dios de comida.

Y en un santiamén, todos se sentaron a la mesa y se llenaron de aquellas cosas buenas que mamá siempre preparaba: bollos, magdalenas, pastel, zumos de fruta, pan recién hecho y un delicioso pastel de chocolate.

A Lisa le encantaba que sus cumpleaños empezaran siempre con aquellos desayunos, y cuando mamá le preguntó qué regalo quería este año, lo tuvo clarísimo. Quería hacer una gran fiesta de cumpleaños con todos sus amigos. Pero ahora que ya era mayor, decidió que esta vez ella también ayudaría a preparar la merienda.

– ¿Por dónde quieres que empecemos ? –preguntó mamá, que se disponía a hacer una lista con las cosas que necesitarían. Pero Lisa quería que su fiesta fuera muy especial. Quería que todo el mundo la recordara por las cosas buenas que se comían y decidió que lo primero que haría, eran aquellas galletas de moda que tanto gustaban a los de su clase.

Eran unas galletas buenísimas, con formas divertidas y un paquete de cromos fosforescentes y con relieve en cada caja. Seguro que triunfaría si aprendía a hacerlas, y además, tampoco debía ser tan difícil. Todo lo que tenía que hacer era leer los ingredientes que había escritos en el paquete, remover bien y ponerlo en el horno.

Estaba convencida de que todo el mundo se chuparía los dedos y como no quería perder ni un segundo, salió corriendo para ir a comprar una de esas cajas en el supermercado. No tardó ni cinco minutos que ya la tenía y antes de pagar, leyó bien los ingredientes: harina, huevos, leche, azúcar, Butilidihidroxisol, E-2002, E-3330, U-440... ¡Un momento! ¿Qué era todo aquello? La harina, los huevos, la leche y el azúcar sabía dónde podía encontrarlos, pero el resto... qué demonios eran aquel conjunto de números y palabras extrañas.

Como las cosas que había en el supermercado las que menos conocía eran las de la carne, Lisa decidió que haría cola delante del mostrador, convencida de que quizás alguna de las cosas que allí se vendían se llamaba así. Esperó un buen rato y cuando le tocó el turno dijo:

– Póngame un E -2002 y un poco de Butilidihidroxisol.



La dependienta seguramente a estas alturas todavía debe de tener el rostro desencajado por la sorpresa, pero como era una profesional de aquellas de toda la vida, reaccionó a tiempo y respondió:

– Aquí no tenemos de eso, reina. Pruébalo en el pescado.

A Lisa no le quedó más remedio que volver a hacer cola ante la sección del pescado, pero cuando pidió lo que necesitaba, pasó tres cuartos de lo mismo. La dependienta puso cara de merluza y la envió a hablar con el encargado.

La verdad es que tanta complicación empezaba a no le hacerle ninguna gracia. No podía entretenerse mucho si quería tener tiempo de hacer las galletas, pero tampoco pensaba rendirse así que buscó el encargado y pedirle lo que quería.

– Mmmm, a ver, vuelve a repetírmelo... –dijo el hombre todo encogiéndose cejas. Y de pronto pareció que algo le sonaba y envió Lisa a la droguería. –Sí señor, estos son nombres de polvos. Seguramente debe ser algo para limpiar inodoros.

¿Para limpiar inodoros? Pensó Lisa que no lo podía creer. Pero si ella lo que quería era hacer galletas. Pero ya no estaba a tiempo de preguntar nada porque el encargado había huido a ordenar una pila de mandarinas que una mujer había hecho caer con su paraguas.

La pobre Lisa no lo podía creer. Ahora estaba frente a una hilera de botes y botellas llenas de líquidos extraños por la limpieza y por más que leía y releía, no encontraba lo que necesitaba.

– Pues no tenemos. – Le dijo la dependienta. – Y si no lo ve aquí, no lo encontrará en ninguna parte. Deberá ir a buscarlo a la zona industrial. Quizás allí podrán servirle.

Caramba, cada vez era más difícil. A mamá no parecía que le costara tanto hacer unas galletas. Pero Lisa no pensaba darse por vencida, así que pidió ayuda a su hermana y en un santiamén las dos plantaron a las afueras del pueblo.

– ¿Me puedes volver a explicar qué demonios hacemos en este polígono industrial? – preguntó Celia que no estaba muy convencida de que aquella aventura los llevara nada bueno.

– Ya te lo he dicho. Necesito comprar los ingredientes de las galletas – dijo Lisa. – Toma, léelo tú misma – dijo ofreciéndole la caja.

Pero mientras Celia lo miraba, Lisa aprovechó para preguntar a un hombre vestido con mono de trabajo, que parecía trabajar por allí.

– Perdone – dijo amable – ¿sabe dónde puedo encontrar un poco de Butilidihidroxianisol, E-2002, E-3330 y U-440?

El hombre lo escuchó y luego de pensar un momento dijo que estaban en el lugar adecuado. Pero todavía tendrían que caminar un poco hasta llegar a la fábrica de productos petrolíferos.

– ¿Petróleo? – dijo Lisa que ya no entendía nada.

– Y tanto – continuó explicando el hombre – ¿ves todas estas fábricas que sacan tanto humo? Pues aquí hacemos todo de productos químicos que luego ponemos a los alimentos. Algunos sirven para dar color, otros aroma, otros hacen que tengan mejor textura y casi todos salen del petróleo.

– ¡Puaj! – Dijo Celia una vez el hombre se hubo marchado. ¿Ponen petróleo a los alimentos? Pues ya te digo que yo no pienso comer tus galletas.

Pero Lisa de repente sentía que tampoco tenía hambre. Se le había cerrado el estómago.

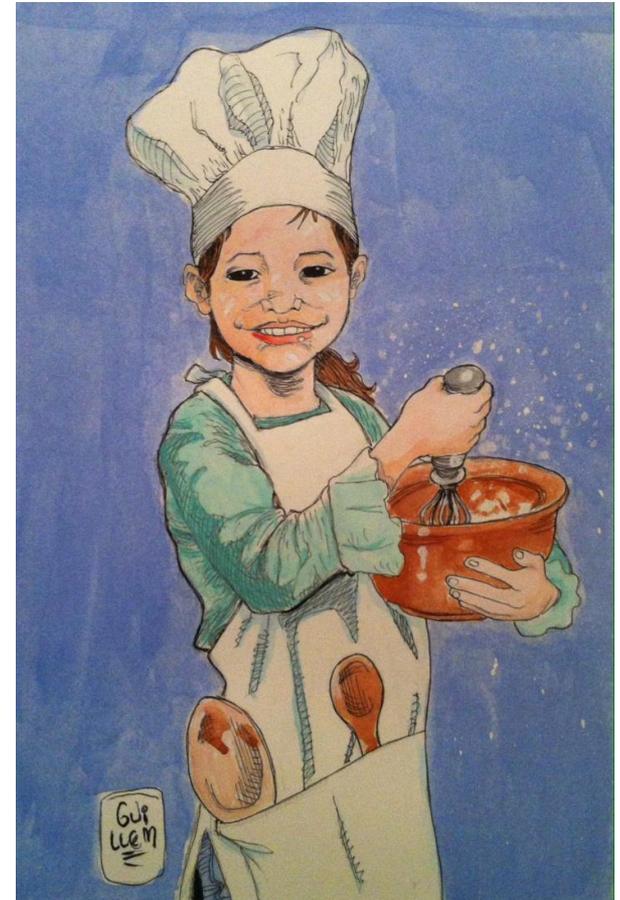
Cuando al cabo de un rato volvieron a casa, Lisa todavía continuaba extraña. Ya no le apetecían los dulces ni los bollos de mamá. De hecho no pensaba volver a comer nada.

Pero entonces mamá le explicó que hay muchos tipos de alimentos. Y la mayoría están hechos de productos naturales. Todo lo que tiene que hacer es leer bien las etiquetas y no abusar de aquellos que llevan un montón de cosas sintéticas. Quizás las galletas de la caja con los cromos eran la mar de buenas pero también lo son las que hace ella con harina, huevos, mantequilla y azúcar. Y no hay que poner nada más. Tanto da si no tienen un color naranja especial, ni duran semanas sin endurecerse. También son buenísimas y todo lo que llevan, nuestro cuerpo lo sabrá utilizar. Del petróleo sí que no sabrá hacer nada. Y trabajo tendrá para poder eliminarlo.

Lisa escuchó aquellas palabras mientras sentía el olor de dulce que siempre hacía la cocina de la madre. Y más hoy, que había venido la tía Rosa que era pastelera y quería ayudar a preparar la fiesta.

– Yo te contaré el secreto de las galletas de toda la vida – dijo la tía Rosa. – Te quedarán más buenas que cualquiera que puedas encontrar en una bolsa.

Y la tía tenía razón. Porque la fiesta fue un éxito y de la plata de galletas que Lisa hizo con formas divertidas, al cabo de dos minutos, no quedó ni una.



Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

Sant Joan de Déu 

HOSPITAL MATERNOINFANTIL - UNIVERSITAT DE BARCELONA